

CLAUDIA MUSIO
La esposa de
Tutankamón

Título original: *La sposa di Tutankhamon*

-
-

Primera edición: 2013

© Arkadia Editore, 2012

© de la traducción: L. Carmen Ternerero Lorenzo, 2013

© de esta edición: Bóveda, 2013

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-25-7

Depósito legal: SE-1426-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
I	15
II	61
III	83
IV	95
V	109
VI	135
VII	161
VIII	181
IX	193
X	219
XI	247
XII	267
XIII	281
XIV	303
XV	319
XVI	337
XVII	351
XVIII	387
NOTAS Y AGRADECIMIENTOS	397

*Para mi familia y para
Gabriele con todo mi amor*

PRÓLOGO

EL VIENTO SILBA ENTRE ESTAS PAREDES DE ROCA, LLEVÁNDOSE CONSIGO EL POLVO ROSA DEL DESIERTO QUE ME rodea.

Mi cuerpo descansa en su tumba desde hace siglos.

Con los párpados cerrados en un sueño eterno, he oído cómo cambia el viento cuando silba pacífico para gruñir después, sacudido primero por el chirrido de las espadas y luego por el fragor de los fusiles y las bombas.

Las arenas del tiempo me han protegido, tal y como dictaminó mi dios.

Águila orgullosa de ojos moteados que marcas mi vida, a veces arañándola, a veces rozándola dulcemente con un beso de amor.

Misera tierra es esta, que ha olvidado la grandeza de su pasado, cuando los pueblos del mundo susurraban su nombre con temor, cuando nuestros ejércitos eran invencibles y el Nilo sagrado, un dios temido y respetado.

Las construcciones se han derrumbado, las moradas de los grandes reyes han sido despojadas, profanadas, trai-



cionadas por nuestra propia gente, mientras los invasores se jactaban de sus saqueos como si de grandes descubrimientos científicos se tratara.

Los sentí traspasar el umbral de mi corazón cuando, tras siglos de imperturbable quietud, rompieron los sellos de la tumba de mi rey y entraron a quebrantar su sueño. Mi joven rey, cachorro de león de crin negra y reluciente, tenías ojos profundos, rasgos delicados. Eras tan hermoso cuando me abrazabas y apretabas con fuerza contra tu pecho, cuando nos llevaron, prisioneros, a la rica Tebas, de la que solo resta un cementerio de edificios derruidos.

Nuestra vida es como el Nilo en crecida; me envuelve y me arrastra, pero al mismo tiempo hace florecer el entusiasmo y la pasión al pensar en cuánto te amé, antes de acabar irremediablemente apartados el uno del otro.

Hoy te llaman Tutankamón, el faraón niño, el faraón asesinado; pero tú para mí fuiste un hermano, un esposo, el bastón que me impidió caer como cayó el reino de mi padre bajo el flagelo de los sacerdotes de Amón. Yo he sido tu reina y la madre de príncipes por nacer, hermana antes de descubrir que te amaba como mujer. He plasmado en ti mi corazón. De dulce y débil me hice fría y vengadora, con un único objetivo: que tus asesinos pagaran por lo que hicieron.

Y ahora, en el silbido de esta arena que me envolverá en el sueño para siempre, vuelvo a ver nuestras vidas desde el principio, cuando Tebas estaba tan lejos y Ajtatón, la capital, florecía en el reino del faraón hereje, mi padre, y de la bellísima Nefertiti, mi madre.

Qué hermosa era nuestra ciudad bajo el cielo abrasador de los veranos de nuestra infancia. Los templos al aire

libre, los palacios de altas columnas pintadas, las estatuas pulidas y elegantes. En la distancia quedaba la muchedumbre, un eco que apenas lograba llegar a aquel paraíso en el que nos habíamos refugiado.

Es una historia larga, la nuestra, una historia de diez años que parecen cien. En todos estos siglos, no he olvidado nada: ni las voces, ni los himnos al sol, ni los llantos ni el terrible dolor. Nadie conoce nuestra historia. Todos comienzan donde acabó, en tu muerte, amor mío, pero no podrán llegar a entenderla si no miran hacia atrás, hasta el momento en que todo comenzó. Para ellos, tú moriste asesinado y yo estoy perdida en el desierto, en una tumba desconocida. Nada más. Pero, tal vez, para ganarnos su respeto, lo mejor sería contar nuestra historia, y dejar que sean ellos los que nos vean con sus propios ojos.

Así entenderán que tú no eras solo un faraón niño, ni yo un nombre que se pierde con el viento. Somos criaturas de Egipto. Oídmе, y entenderéis.

I

AJTATÓN REÍA FELIZ EN EL VALLE EN EL QUE HABÍA sido construida, apenas bañada por el Nilo, que bajaba hacia el Delta como una serpiente de escamas iridiscentes. Las rocas la abrazaban a oriente y los jardines, los campos y las huertas descollaban como gemas incrustadas en oro: tiras de malaquita que se esfumaban en el amarillo brillante del desierto que se alzaba contra el cielo terso.

Era el año en el que ocurrirían tantas cosas, el año que habría marcado el camino de las personas que amaba, a lo largo de todo el curso de la historia. Pero en aquel momento, yo era muy ingenua: una princesita mimada, a la que le gustaba caminar por las calles de la ciudad y sentirse el centro de los saludos del pueblo, de sus reverencias y sonrisas.

En el aire se respiraba una sutil serenidad, como la que solo puede existir en un paraíso ultraterreno. Para nosotros no había más que Ajtatón. No necesitábamos salir a ningún otro sitio.



Éramos felices y vivíamos en paz.

Los palacios que daban a la Calzada Real cegaban por la blancura de las paredes, que realzaba los colores de las pinturas del interior; dondequiera que mirara no veía más que orden, pulcritud y paz. He dicho que era ingenua, pero no habría podido ser de otra manera, dado que los únicos lugares a los que se me permitía ir eran el Gran Templo y los palacios de los nobles de la corte. No sabía lo que había más allá de aquel núcleo central de riqueza y aparente felicidad, no veía ni creía que existiera nada más.

El templo era precioso, de madrugada, bajo la luz del sol, cuando el aire picaba en la cara y un ligero frescor aplacaba el terrible calor del verano. Cuanto más lo contemplaba, más me convencía de que no podía existir otro tan majestuoso en todo el mundo, uno tan grande que parecía, él solo, una pequeña ciudad.

Aquel día pasé rápidamente por el camino que llevaba a la entrada, pidiéndoles a las siervas que me esperaran cerca de los obeliscos. Deseaba rezar, y no quería que el templo estuviera demasiado lleno. Me gustaba la soledad, quedarme en silencio, pensando y meditando; solo tenía diez años, pero era como si llevara viva desde siempre, como el sol que desde hace milenios se pone y vuelve a salir en nuestra tierra y observa, pensativo, la naturaleza humana, que a menudo emprende sendas tortuosas y difíciles de seguir.

El jardín interior era inmenso. Filas de árboles en flor y fuentes recubiertas de nenúfares reflejaban la luz ámbar del alba en un juego de matices tenues que se difundían en una niebla cristalina. Muchos sacerdotes se pa-

seaban ya por los senderos, absortos en discusiones tranquilas, con los pergaminos de su sabiduría en la mano. Los adelanté distraída, saludándolos con una inclinación de cabeza, y me dirigí hacia el final del jardín, donde se alzaba la capilla privada de mi familia.

Una sacerdotisa me esperaba. Vista desde lejos, casi parecía un fantasma, oculta bajo el velo blanco que la envolvía como un manto. El rostro claro contrastaba netamente con el pesado maquillaje de los ojos y la peluca oscura; pero era muy guapa, y un cierto temor se apoderó de mí cuando llegué hasta ella y me sonrió. Sus iris negros, relucientes y oblicuos, se clavaron en mí como cuando una madre le concede a su hijo algo que no debería.

Desde el día en que fui a rezar a aquella capilla por primera vez, no había vuelto a ser capaz de sostener su mirada. Me cohibía; me espiaba, y sabía que en cuanto me fuera, ella iría corriendo a palacio para referírsele todo a mis padres.

Entré en la capilla. La luz se filtraba a través de la arquería que se abría en las paredes; gracias a esos reflejos, las figuras del rey y de Atón parecían animarse: criaturas vivas, unidas por una relación que iba más allá de cualquier concepto de amor o adoración.

Toda la ciudad seguía la nueva religión, en la que me habían educado. En teoría, yo no debería haber conocido la anterior, no debería haber sabido nada de aquel panteón de figuras ultraterrenas que mi padre había preferido olvidar, ya que él creía solamente en Atón, que encerraba en sí la esencia de la vida; pero las esclavas solían contar-me cosas mientras me daban los masajes en la sala de los

baños, y a mí me gustaba oírlas. Después de todo, sus relatos eran para mí como el cuento de las buenas noches.

Una vez, una de ellas me enseñó una estatua de madera, pintada de color rojo y dorado. Era un hombre con cabeza de halcón, el dios Horus, como lo llamó ella. Mientras la esclava seguía hablando, miré aquella figura delgada sin decir nada, y fue como si en el aire vibrase una nueva respiración. Algo envolvía aquella estatuilla, un aliento de vida mágico y potente. Lo inspiré. Era demasiado curiosa para resistir la tentación. Por un segundo, la habitación se tambaleó, desvaneciéndose en una oscuridad profunda; el hálito cálido de un suspiro me acarició la cara y el pelo trenzado, se deslizó sobre mis labios y se convirtió en un beso tan dulce como la miel.

Cuando volví a la realidad, ninguna de las siervas se había dado cuenta de nada. La esclava seguía hablando, me estaba contando algo sobre Isis y Osiris, y el mito de la resurrección. Yo seguí atenta, con el corazón agitado; no entendía qué había pasado.

Escruté la estatuilla. Estaba impasible, quieta en una postura mayestática y misteriosa, con la mirada de águila que se perdía en la lejanía, más allá del cielo negro de la noche. ¿Qué había sentido? ¿Qué había sido? Un soplo, el suspiro de un alma, un fantasma... un dios. Y el beso, una dulce caricia en los labios, templada como la leche aromática que saboreaba cada noche antes de quedarme dormida.

Fue como si aquel roce me hubiera hecho perder el camino, como si algo, por un momento, me hubiera arrastrado a otro lugar, a aquel mundo ultraterreno en el que

todas las almas terminan su camino; y luego, como si un torbellino me hubiera dejado sin respiración al insuflarme en la mente un poderoso susurro que, aun siendo profundamente masculino, se encontraba por encima de la simple diferencia entre hombre y mujer.

Era algo indefinido, como una bandada de garzas reales que se pierde en la distancia al anochecer; la ves, pero no sabrías decir con certeza ni el número ni el color de las plumas. Es una visión casi irreal, pero la belleza perfecta que la envuelve se hace sentir con toda su fuerza vital hasta el corazón. Estaba embriagada, ese es el término exacto. Ebria y feliz porque, solo con la mente tan lejos de la realidad, aquel susurro podía convertirse en algo tan explícito, tan íntimo, tan claro hasta para mí, que no era más que una niña.

Aquella noche dormí con la estatuilla, como si fuera una muñeca. Baka, mi aya, me miró disgustada, pero no dijo nada. Esperaba que solo fuera un capricho y que a la mañana siguiente se me hubiera olvidado en la cama cuando saliera a jugar con las otras esclavas al jardín.

Pero aquella noche tuve un sueño.

Estaba en el Gran Templo, en la capilla real. Las pinturas de las paredes estaban desenfocadas, una extraña pátina gris, como la niebla, recubría las figuras. Fuera no había nada, solo más gris sobre sombras indefinidas. Un terror desconocido me invadió el corazón.

Salí corriendo, pero choqué contra la barrera gris como si fuera un muro.

De rodillas, seguí mirando a mi alrededor y las lágrimas empezaron a nublar la terrible visión. Tenía la sensa-

ción de estar muerta. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué había hecho? ¿Se estaba acercando el día del juicio? ¿O me estaban castigando por haber creído en la vieja religión? ¡O tal vez mi arrogancia había ofendido a Atón!

—Oh, santísimo Atón, perdona mi soberbia... —murmuré entre lágrimas.

Estaba acurrucada en una esquina, con las manos en la cara para no ver el gris.

Se oyó un crujido. Y otra vez el mismo hálito potente.

—Tan solo quien posee un corazón puro puede sentir la respiración del cielo...

No me atrevía a mirar. Notaba que el calor me rozaba los brazos y un viento tenue me echaba el pelo hacia atrás, por detrás de los hombros, y de nuevo la sensación de encontrarme en un mundo irreal, sin cuerpo y completamente ebria.

Estaba temblando. Me arañé la cara, que se me quedó señalada con numerosas rayas rojas.

—Princesa, levanta la mirada. No tienes por qué temer.

La voz me quemaba los oídos. Era ardiente como el fuego, peligrosa y mortal a un tiempo. Un dios había bajado de su mundo etéreo para castigarme, para destruirme...

Me aferró las manos entre las suyas. Las apartó con una facilidad sorprendente y, por más que intentara girar la cabeza para no mirarlo, algo me inmovilizó y mis ojos levantaron la mirada.

Delante de mí había un joven de rodillas. Tenía los músculos fuertes, bien definidos y brillantes. Solo llevaba puesta una faldilla, blanca y corta. Su aspecto me turbó

profundamente; los ojos de un halcón me escrutaban, inmersos en las plumas que le llegaban hasta el cuello. El pico parecía inclinarse hacia mí como unas garras a punto de atacar.

Grité. El hombre me zarandeó, hasta que volví a quedarme callada, y luego me obligó a levantarme y se alejó unos cuantos pasos.

—¿Ves todo esto, princesa? Tu padre se ha olvidado de mí y de los demás protectores de Egipto. Será castigado por ello.

—Mi señor... —murmuré, dejándome caer de rodillas otra vez—. Ten piedad, te lo ruego.

Me miró fijamente. El iris rojo brillante era como un rayo que cortaba el aire ceniciento. Parecía muy enfadado.

—Tú restituirás el equilibrio —tronó con una voz que no admitía respuesta—. Llegará un día en que la propia tierra se revolverá contra el hereje, y tú guiarás esta tierra sagrada hacia la Maat, la justicia.

—Pero nosotros vivimos en paz, mi señor. Nuestra tierra es feliz.

—No puede haber felicidad para Kémit sin la protección de los dioses. Nosotros os hemos creado y ahora actuáis contra nosotros. Al final, todo volverá a su curso y el recuerdo de esta época tan oscura se perderá.

—¿Qué puedo hacer, mi señor? —murmuré, de nuevo. Me sentía aterrorizada y desesperada ante aquellas palabras preñadas de muerte y destrucción. Nosotros vivíamos en paz, respetábamos a los demás. Mi padre nunca le había impuesto su religión a nadie que no creyera profundamente en ella.

—Qué ingenua eres, princesa —me dijo con cierta decepción—. Kémit está agonizando y tu rey está tan ciego que no ve la ruina que recorre el Nilo sagrado. Pero todavía no lo entiendes, ¿verdad? Es inútil seguir insistiendo. Por ahora solo quiero que seas mía, princesa.

Lo miré sin dejar de llorar, y mi voz sonó temblorosa como la llama de una antorcha en una noche sacudida por el viento.

—¿Tuya? ¿Me estoy muriendo, mi señor?

El dios se inclinó sobre mí. Era majestuoso, casi tan alto como dos hombres. Los hombros macizos proyectaron una sombra enorme en el suelo de piedra.

—Serás mi sierva más devota. Invocarás mi nombre y cuidarás de la estatuilla hasta que te llame al mundo de las almas. Recuerda que tuyo será el cometido de restablecer la Maat. Si fracasas, te castigaré con el olvido eterno.

Volví a taparme la cara.

—Siéntete honrada, princesa. Te elijo para un gran cometido...

—¿Por qué yo? ¿Por qué, mi señor?

Me levantó la barbilla con la mano y tuve que volver a mirarlo.

—Porque así es. Los hombres se hacen preguntas inútiles con demasiada frecuencia. No podéis elegir, cuando os tenéis que dirigir a un dios. Son los dioses quienes guían cada elección en vuestras mentes. Tu padre se ha cerrado a la razón y a nuestra guía. Está ciego, irremediamente.

Por un momento recobré la lucidez y conseguí hacer la primera pregunta sensata de aquel extraño encuentro.

—¿La nueva religión yerra, mi señor?

—Cada hombre es libre de elegir su camino. Pero el que se paragona con nosotros y gobierna un pueblo entero no puede abandonar la Maat sin consecuencias. Nosotros somos la Maat. Un dios sin forma es el espejismo de una mente que ha dejado de comprender su tierra. La guerra y la potencia que conllevan las victorias, se han convertido en un recuerdo. ¿Es justo, cuando Kémit fue creada para ser la más grande? ¿Es justo, cuando los enemigos pueden avanzar y superar los confines sin que nadie le oponga una resistencia digna de esta tierra? La Maat resurgirá del caos, pero no será por mérito de tu padre ni de quienes lo apoyan. Ellos perecerán, como se merecen. Pero si tú me eres fiel, yo te elevaré al trono como Señora de las Dos Tierras, hija de Amón.

Sin darme cuenta, la sensación de pavor se estaba transformando en una sensación de pertenencia total.

Era una llamada. La orden de ocupar un lugar en el mundo, sin perderme entre la multitud de hombres y mujeres que desperdician sus vidas sin llegar a entender jamás el sentido último de su existencia. Yo lo estaba entendiendo, tenía un cometido, una misión. Sin embargo, ¿qué sentido tenía? Estaba convencida de que estábamos en tiempos de paz y de que la paz era una opción mil veces mejor que la guerra. El pueblo tenía que estar contento de no perder a sus seres queridos en batallas extenuantes. ¿Por qué las palabras del dios contenían tanta rabia contra mi padre, una rabia que también me parecía el grito del pueblo?

—Con el tiempo aprenderás —susurró el dios mientras se incorporaba y alcanzaba una de las bóvedas recu-

biertas por el muro de niebla oscura—. Por ahora, mi elegida, me despido.

Alargué la mano hacia él.

—No, mi señor, te lo suplico, ayúdame a comprender...

—El tiempo no faltará. Llegará un día en que tendrás que decidir, y yo estaré a tu lado. Ahora regresa a tu mundo y no olvides mis órdenes.

No pude decir nada más. En cuanto el dios tocó el techo por encima de la bóveda, todo empezó a dar vueltas cada vez más rápido, hasta dejarme aturdida e inconsciente. Caí al suelo y me envolvió la oscuridad.

Desde aquel día sentí que le pertenecía. Lo sentía de un modo extraño, de un modo que no habría podido explicarme de no ser por las palabras del sueño, por aquella seguridad imperiosa con la que el dios me había elegido. Pero era suya, sobre esto no cabía duda alguna. Era mi destino. Y los hombres estamos indefensos ante él.

Entré en la capilla real, seguida de la sacerdotisa. Creía que me dejaría sola para rezar, pero se quedó en la entrada, en silencio, observándome como si fuera una gacela que se sacia en un oasis.

No soportaba a aquella mujer. Estaba segura de que mi madre la había nombrado guardiana de la capilla porque mi comportamiento, insólito, la hacía sospechar algo, o tal vez porque no estaba bien que una princesa se quedara sola ni siquiera un segundo. Los sacerdotes no estaban exentos de los impulsos de la lujuria, por más que conllevara el estrangulamiento.

Me arrodillé en el suelo de piedra. Llevaba un chal, aquel día, y logré sacar la estatuilla del dios por debajo de

las arrugas de la tela, apretándola nerviosamente entre las manos.

Era muy arriesgado hacerlo así, públicamente. Todos los nobles seguían adorando a los antiguos dioses en sus casas, pero el rey no permitía que en el Gran Templo se adorara a ningún dios más que a Atón. Podían acusarme de herejía, pero eso no me asustaba. Sentía que el chasquido de las alas de un águila me rozaba el cabello como la caricia de un hombre.

Mi oración fue sencilla: pocas frases para expresar una necesidad, una duda y el dolor de traicionar la educación que había recibido de mi familia. ¿De verdad era un hereje mi padre? No encontraba una respuesta. Por una parte el dios, por la otra Egipto.

El pueblo era feliz, estábamos en paz, los hombres no tenían que ir a morir al desierto, los hijos sobrevivían a sus padres y en los santuarios ya no había viudas cabizbajas llorando por sus familiares. Todo era perfecto. Demasiado. No todos deseaban la armonía. Además, ¿sería realmente todo tan hermoso y apacible como me querían hacer ver?, me preguntaba. ¿Sería verdad que la sustitución de Amón por Atón se había producido sin ningún sacrificio por parte del pueblo egipcio? Incubé estos razonamientos y dudas durante años, sobre todo desde que mi mundo abandonó definitivamente la ingenuidad infantil y empezó a conocer caras nuevas, sentimientos más maduros, a menudo despiadados, como las tormentas de arena o el feroz ardor del verano egipcio.

Sin embargo, en aquel momento me limité a pedirle al dios la concordia, buscando desesperadamente la

forma de conciliar las dos versiones de la vida que me había visto obligada a afrontar. Lo analizaba todo por un lado y por el otro; pero al unirlos, las cosas se desenfocaban, como si poseyeran miles de matices, mientras que yo solo había sabido valorarlas por una única característica.

La sacerdotisa tosió. Reconocí la señal: me estaba avisando de que ya era hora de regresar. El maestro me esperaba, y luego el banquete y la visita a mi madre.

Me levanté sin ganas, mientras me volvía a esconder la estatuilla por debajo del chal, y me dirigí hacia la mujer, que se había dado la vuelta y me estaba mirando fijamente. Crucé su mirada, y en sus ojos negros leí la certeza de que había intuido las intenciones reales de mi visita al templo. Fue solo un instante, después bajé la cabeza y la precedí por el camino de vuelta. Caminamos en silencio hasta llegar a los soportales. Cerca de uno de los obeliscos vislumbré a mis siervas y las llamé. Llegaron enseguida y se inclinaron para saludar a la sacerdotisa.

La mujer ni se inmutó, aunque se giró levemente, mirándome con intensidad.

—Te agradezco la visita, hija de Ajnatón. Siempre eres bienvenida en la casa del sumo Atón, el único dios que vela por nuestro suelo sagrado.

Asentí respetuosamente y sonreí.

—Mis agradecimientos son para ti. Bendito sea el sumo Atón.

—Así sea, mi señora. Vete en paz.

Y dicho esto, la sacerdotisa se despidió y volvió sobre sus lentos pasos hacia el interior del templo.

En cuanto desapareció, les ordené a las siervas que llamaran a los esclavos con el palanquín. Volví con ellos al palacio, recorriendo de nuevo la gran Calzada Real. Para entonces se había llenado de gente y los transeúntes se empujaban unos a otros, intentando esquivar a los vendedores de fruta, verdura y pescado que habían instalado sus puestos en los bordes del camino. También vi numerosos soldados; sus espadas relucían como chorros de plata bajo el sol implacable. Mi padre se había rodeado de hombres de armas a su llegada a la nueva ciudad, no sé si por miedo a los ataques externos o a su pueblo.

El palacio estaba a poca distancia y el camino fue breve. A mi paso todos enmudecían y abandonaban lo que estaban haciendo para postrarse ante la hija del faraón. Los guardias del exterior del portón se levantaron con un movimiento felino y lo abrieron rápidamente, mientras mantenían alejados a los mendicantes y a todos los que se agolpaban buscando audiencia. Los adelantamos a toda prisa. Al cruzar la muralla me bajé del palanquín y, rodeada por las siervas que me protegían como un escudo, proseguí.

El jardín se abrió ante mí con una intensa belleza: al final del sendero, el agua de un pequeño estanque resplandecía bajo los destellos del sol, parcialmente recubierto por nenúfares y otras plantas acuáticas. Vivaces colores lo animaban recorriéndolo como chispas que se pierden en el aire y unos peces minúsculos se asomaban a la superficie, dejándose llevar por un dulce abandono. Cada vez que entraba en el jardín, una agradable sensación de evasión me colmaba la mente y el corazón. Estaba en otro

mundo, en un paraíso en el que solo la belleza tenía derecho a la ciudadanía; y yo me sentía la única criatura viva de aquel mundo, exploradora de la naturaleza en su forma más vívida y perfecta.

El frescor relajante me envolvió por completo, haciendo desaparecer el terrible calor.

A lo lejos vi a una mujer que me estaba esperando. Tenía las manos clavadas en las caderas y la cara, oscurecida por una sombra de preocupación e impaciencia, mostraba todas las arrugas de sus treinta años. Cuando pasé a su lado, sonriendo, negó con la cabeza, ensombreciéndose aún más.

—Princesa, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? El noble Ay no soporta los retrasos.

—Anda, Baka —exclamé—, pero si no ha pasado nada. Llévame con él, le pediré perdón.

Baka resopló y me dio un empujoncito hacia el corredor. Luego despidió a las siervas, después de haberles asignado sus tareas. Las mujeres se dirigieron inmediatamente al piso de arriba donde se encontraban los aposentos reales femeninos.

Baka era mi aya. Me había criado desde pequeña, dándome el pecho cuando mi madre ya no pudo hacerlo, y desde entonces era mucho más que una nodriza para mí: era la madre que no había podido tener, la que todas las noches te da el beso de buenas noches y la que te ayuda a bañarte. La quería mucho, eso es indiscutible, pero yo era una niña y me gustaba chincharla.

Aun así, por lo menos aquella vez, no quería que se enfadara conmigo.

—Venga, Baka, no me mires así —le dije, acariciándole el brazo recordete mientras recorriamos el pasillo—. No quería disgustarte. Estaba en el templo, rezando.

Baka se dio la vuelta y me cogió la mano con la que yo la estaba acariciando.

—No es eso lo que me preocupa, mi señora —contestó en voz baja—. Las dos sabemos a qué tipo de rezos te refieres. Y puedo asegurarte que aquí, en palacio, no son bienvenidos. Esta misma mañana he oído decir que el rey ha firmado varias condenas de muerte por traición.

—¿Herejía? —apenas logré susurrar.

—Sí, herejía —dijo mientras se llevaba un dedo a los labios para que no levantara la voz—. Puede que sea una religión de amor, la de Atón, pero muchos pierden la cabeza por ella. Según parece, han descubierto una conspiración contra el soberano.

—Es lógico que se defienda —repliqué. Pero en las palabras de Baka había un fondo de verdad mucho más profundo. Atón era el dios benévolo, que miraba con misericordia el destino del hombre. Y el faraón se atenía a sus dictámenes, pero era una criatura vulnerable.

—En Tebas, el ambiente se ha enrarecido —continuó Baka—. Los nobles están divididos y los sacerdotes tramán a escondidas. Tengo un mal presentimiento...

Estaba a punto de replicar cuando unos pasos retumbaron al final del pasillo. Unos nobles pasaron a nuestro lado y se inclinaron educadamente. En cuanto les devolví el saludo, Baka me obligó a seguir adelante, hasta alcanzar rápidamente la entrada de las habitaciones del primer ministro.

Dos esclavos estaban parados en el centro de la gran sala, escribiendo en unos papiros lo que Ay, mi abuelo y padre de la reina, les dictaba.

Su melena de obsidiana estaba radiante en el aire luminoso de la mañana; todos sabían que Ay poseía un esclavo cuya única ocupación era peinarlo con un cuidado obsesivo.

Ay tenía un control extraordinario de la voz. En aquel momento resonaba baja y sin entonación, formando cada palabra con extremado esmero; la boca se le arrugaba cuando entrecerraba los párpados al meditar. De él siempre aprendía algo, a pesar de que la inteligencia con la que sondeaba mis pensamientos me cohibía terriblemente.

Avancé en silencio, aunque él ya intuía mi presencia.

Sonrió y, sin levantar la mirada, les hizo una señal con la mano a los esclavos para que interrumpieran su trabajo y se marcharan. Nos quedamos los dos solos. Le devolví la sonrisa y me senté en los cojines, como solía hacer en nuestros encuentros cotidianos. Observé sus ojos, realzados por el kohl, vivos y brillantes. Cuarenta años bien llevados, los músculos aún perfilados en el cuerpo bronceado. La tela blanca se deslizaba sobre las piernas depiladas, sujeta por un cinturón grueso y costoso.

—El tiempo pasa, mi niña —murmuró por fin—. ¿Por qué quieres malgastarlo?

—Te ruego que me perdones —balbuceé, incierta.

Movió la cabeza, cogió una copa de la mesita que tenía al lado de los cojines y saboreó el vino, pensativo.

—¿Acaso el dios Atón te ha embelesado?

—Rezar es mi deber —dije simplemente.

—No lo pongo en duda —repuso mientras intentaba descifrar mis pensamientos—. Pero hay otras obligaciones más importantes que venerar al cielo y a quien lo gobierna.

Me di cuenta de que estaba respirando afanosamente y, sin pensarlo, desvié la atención al balcón que se abría en la pared del fondo de la habitación.

—Haré lo que tenga que hacer. Perdona otra vez por el retraso.

Ay se inclinó hacia mí.

—Mi niña, no desafíes al rey. Por mucho que te quiera, no permitirá que te conviertas en un arma contra él.

—No tengo intención de hacerle ningún daño al faraón —respondí afablemente. Ya estaba acostumbrada a esa cantilena—. Pero no puedo obligarme a hacer lo que no siento.

—No puedes justificarte así, Anjesenpaatón.

—Entonces, ¿no hay nada, además de Atón? —exploté.

Ay entornó los párpados y se cruzó los brazos por delante del pecho. La cadena de oro parecía derretirse en el aire hirviente.

—Yo conozco la vieja religión. Pero tú no deberías, y los dos lo sabemos. Sin embargo, me has hecho una pregunta fundamental. ¿Quieres saber si hay algo más? ¿Algún dios, escondido en alguna parte, que nos observa encolerizado? Yo no veo más que la realidad que me rodea. Solo veo personas que están siguiendo un proyecto importante, una idea de unidad que ningún dios más que Atón puede dar.

—Yo no le estoy rezando a la nada.

—Tú le rezas a tu mente, a tus sueños, mi niña —me corrigió—. Hay hombres que no dudarían en usarte para conseguir sus propósitos de rebelión. Esconde bien tu alma, o te convertirás en un peligro.

—¿Por qué me hablas así? Me siento acusada. Yo... lo he soñado, ¿es que no lo entiendes?

Me posó la mano sobre los labios aún abiertos.

—Exacto, lo has soñado. Y así debe ser. Tú eres inocente, Anjesenpaatón, pero la religión no lo es. La malicia está al acecho en cada esquina. Y tu deber es hacer que tu mente no pierda jamás el control.

Un nudo en la garganta me cortaba la respiración. Estaba a punto de echarme a llorar, pero las lágrimas no bastarían para desahogar la rabia que me consumía por dentro. Me sentía desgarrada, como si la hoja de un cuchillo me estuviera abriendo la carne poco a poco.

Lo miré fijamente, con labios temblorosos.

—Si no sigo los dictados del corazón podría morir.

—Lo que te estoy enseñando será tu armadura. Pon freno al corazón. Y reflexiona.

—La reina... ¿está al corriente?

Ay negó con la cabeza.

—No. Porque la sacerdotisa está a mi servicio y no me traicionará contando lo que sabe. Me corresponde a mí forjar tu mente y corregir los errores propios de tu edad. Eres joven e inexperta. Pero tengo la esperanza de que, bajo mi guía, llegues a ser una gran reina.

Se hizo el silencio, al tiempo que sus ojos se abrían con una expresión de severidad y reproche. Debía de ser

difícil educarme, con el carácter que había heredado de mi madre, que a menudo me empujaba a decir cosas que debería haber guardado para mí. Podía fiarme de él, pero ¿cómo habría reaccionado un extraño si me hubiera oído acusar a Atón de no ser la única divinidad que había que adorar, como mi padre predicaba desde hacía años? La pena capital y el exilio eran prácticas comunes y no se hacían muchas distinciones entre nobles y campesinos.

Sentí la necesidad de justificarme, así que, sonriendo tímidamente, le dije:

—Perdóname si desencadeno en tu corazón angustias inútiles. Me impondré sobre mi propia mente. No volveré a poner en peligro al rey con comportamientos impulsivos.

Ay se puso aún más serio, si cabe. No estaba segura de que mis palabras lo hubieran convencido. Mi abuelo me conocía demasiado bien como para no darse cuenta de que solo estaba intentando tranquilizarlo.

—Anjesenpaatón, la vida es mucho más complicada de lo que te puedas llegar a imaginar fuera de palacio.

—Entiendo... —intenté decir, pero él me interrumpió con un gesto imperioso.

—No, no lo entiendes. ¿Crees que es fácil gobernar este país? ¿Crees que es fácil, y más en los tiempos que corren? Tu padre ha revolucionado nuestra tierra como nadie lo había hecho jamás. Y los enemigos son muchos. Las serpientes se agitan en el desierto, listas para saltar sobre su presa, en el momento en que esta muestre su debilidad. Si se llegara a saber que hasta dentro de la familia del rey hay quien duda... te clavarían los dientes de un

mordisco. Intentarían ganar tu confianza para arrastrarte a su pozo de mentiras.

Nunca lo había oído hablar de un modo tan directo. Hasta entonces, Ay siempre había sido muy ambiguo, pero aquella vez se refería a algo concreto. Puede que hasta estuviera asustado.

—Tu madre ha sido demasiado tolerante —continuó tras una breve pausa—, pero no podrá ocultarle eternamente al rey que una de sus hijas predilectas está tramando el modo de traicionarlo.

—¡Pero yo no estoy tramando nada! —exclamé, levantando la voz.

—No repliques cuando te habla alguien más anciano y, sobre todo, más sabio que tú, Anjesenpaatón —me dijo, huraño y sin dejarse impresionar por mi reacción—. Apréndetelo bien. Esta es la primera regla para salvarse de las acusaciones que pueden llevar a la muerte. Ya sé que tú no estás conspirando, pero la gente no razona cuando se trata de religión y de la seguridad del reino. Está silente, pequeña gacela, y todo irá bien.

—Haré como ordenes, mi señor —musité, notando las lágrimas que me caían por las mejillas—. ¿Tienes algo más que decirme?

—Hoy no desearás que te dé clase, ¿verdad? Te sientes turbada y dolida. Pero no te servirá de nada esconderte en una esquina a lamerte las heridas como un león dolorido. Coge los pergaminos. Tienes que estudiar la ley, hija mía, y no te irás de aquí hasta que no me sienta satisfecho.

Era como si el tiempo no pasara. Era mi castigo: lo sabía por la forma en que Ay reaccionaba cada vez que levanta-

ba la mirada y se paraba a oír la voz temblorosa con que yo seguía repitiendo las leyes y las condenas por herejía y traición. No me detuvo hasta que empecé a toser sin parar. Me quemaba la garganta y no tenía ningún vaso a mi alcance.

Siguió mirándome en silencio mientras se llenaba su vaso. Por fin dijo:

—Ya te puedes ir, Anjesenpaatón. Te espera el banquete. Hoy es un día muy importante para ti.

Guardé silencio, con los labios apretados por la rabia y los ojos que apenas conseguían esconder la tempestad que se estaba desencadenando en mi interior. Incliné la cabeza y me dirigí rápidamente hacia la salida.

—Que el dios Atón te asista, mi señor —fueron mis palabras mientras apartaba el cortinaje y me alejaba por el corredor.

Volví a mis habitaciones como un perro apaleado, sin dejar de darle vueltas a las palabras de Ay. Tenía razón, pero su modo de hacérmelo entender me había parecido demasiado brusco y me había dejado una especie de rabia sorda por dentro, como el gruñido de un león que de repente se siente agredido sin motivo.

Baka me recibió con la misma prisa de siempre y con sus manos rechonchas me empujó hacia la sala de los baños, donde las siervas se afanaban en llenar la bañera con agua del Nilo.

—Mi señora, ya es tarde y el rey montará en cólera —se quejó mientras me desvestía y le daba la ropa y las joyas a sus ayudantes.

—El primer ministro me ha entretenido —mascullé sin mirarla. No quería que viera las lágrimas enredadas

entre mis pestañas, ni la sombra de humillación que albergaba en la mirada. Aquel baño era justo lo que necesitaba, la purificación de la mente de cualquier sentimiento de infelicidad.

Baka empezó a frotarme el cuerpo sin dejar de parlotear. Levantaba las manos y las volvía a meter en el agua. Era como si debajo de la ropa llevara unos clavos que se le hincaban en la piel si se quedaba quieta.

—¡Baka, despacio! —exclamé de pronto, exasperada.

Por primera vez desde que llegué, me miró de verdad. Me hincó las manos en la pierna con la fuerza de una pitón, sin dejar de mirarme y abriendo la boca, con expresión de inquietud.

—No pasa nada —me apresuré a decir, intuyendo su temor—. Es solo que estoy nerviosa porque Ay ha sido brusco y me ha castigado.

—¿Te ha castigado, mi señora?

Intenté parecer indiferente.

—No es nada importante, ya te lo he dicho. Me ha tenido toda la mañana leyendo las leyes que el soberano ha emitido estos últimos años. ¿El vestido ya está, Baka?

Asintió.

—Entonces tráemelo. Y, vosotras, ayudadme —les pedí a las otras esclavas.

Baka se apartó y las siervas que se encargaban de mi persona me circundaron como las joyas de una corona, acariciándome el cuerpo con el lino blanco y ligero. Colocaron el vestido del banquete sobre un taburete y Baka me ayudó a ponérmelo. Luego me maquillaron y me peina-

ron. Normalmente habrían tardado una hora en hacerlo, pero quedaba poco para el convite y Baka no quería arriesgarse a que la azotaran si llegaba tarde, de modo que, en cuanto terminé, me acompañó por el pasillo y me llevó hasta las escaleras que llevaban a la antecámara de la gran sala de los banquetes.

—Puedes irte, Baka. Cuando te necesite, mandaré a alguien para que te llame —le dije mientras corría las cortinas.

Baka hizo una reverencia, me dio la espalda y volvió a los aposentos reales.

En el lugar destinado a la recepción había un gran bullicio. Una mesa larga de madera maciza importada de las tierras de Oriente ocupaba buena parte de la sala. Los comensales ya se habían sentado. Habían acudido prácticamente todos los dignatarios de la corte. Tenían un buen motivo para hacerlo, ya que el faraón había de anunciar una gran noticia.

Los bailarines estaban en una esquina, mezclados con los músicos que acordaban los instrumentos, por más que sus cuerpos desnudos, tersos y brillantes, resaltaban entre los cuerpos descarnados y poco definidos de los esclavos que estaban sentados en el suelo. Parecían jóvenes divinidades que habían descendido para que el pueblo las adorara. Ya se veían entre las nobles señoras, casi todas casadas, muchas miradas lánguidas, sonrisas incitantes y guiños. Yo entonces no lo sabía, pero muchos de aquellos bailarines solían terminar en los suntuosos lechos de las numerosas estancias de palacio, como si esta fuera en realidad su verdadera ocupación, en lugar de la danza.

Lo mismo se puede decir de las bailarinas, que esperaban a que empezara el banquete en la otra parte de la sala. Estaban completamente desnudas y la luz del sol iluminaba los pechos oscuros y lúcidos, impregnados en aceite perfumado, y los rostros aceitunados. Eran atractivas y, gracias a la elegancia con la que se contorneaban, parecían animales hermosos y fascinantes.

Las miré solo un instante, mientras me dirigía hacia el sitio que me habían asignado, y precisamente en ese momento una de ellas gesticuló en mi dirección.

Me dirigí hacia la joven con una sonrisa en los labios. Ella se levantó de los cojines y me abrazó. Meritatón era algo más que mi hermana mayor: era joven y bella, y transmitía el frescor que solo la pubertad puede dar. Sus labios carnosos y las mejillas redondeadas evocaban melocotones maduros recién cogidos de un árbol.

—Anjesenpaatón, cómo me alegro de verte —exclamó con voz alegre.

—Yo también, hermana. Estoy asustada, pero feliz. Los ojos negros se le llenaron de malicia.

—¡Pero hoy es un gran día! Serás la esposa del rey, tal vez llegues a ser reina, ¿te imaginas? ¿Y sabes lo que significa eso? Joyas, vestidos, esclavas...

—Ya tenemos todo lo que necesitamos —repliqué, pero ella me dio un golpecito con el abanico sin dejar de guiñar—. Sí, estoy contenta de recibir todas estas cosas, pero...

—Oh, Anjesenpaatón, eres una quejica —bromeó Meritatón. Abrió el abanico y se tapó los labios para que no la oyeran—. ¡Tienes que ser más astuta, hermana! Una

mujer solo tiene un objetivo en la vida, llegar a lo más alto, desposando al hombre apropiado. Como ha hecho nuestra madre.

—Nuestra madre estaba enamorada. Es distinto —apunté.

Ella se encogió de hombros, como si acabara de decir una tontería enorme.

—El amor es fruto de la mente. Yo también puedo decir que estoy enamorada y convencerme de que lo estoy. Todo es posible. Si para tener a un hombre tengo que decir que lo amo, pues lo digo. Con el tiempo me convenceré y empezaré a decirlo de verdad.

—Eres demasiado complicada, hermana —le contesté—. Nuestro padre no tenía por qué elegir a nuestra madre, porque era de rango inferior; y, sin embargo, lo hizo, porque lo había conquistado. Pero yo amo al faraón como una sierva ama a su señor.

—Ay no es una buena influencia para ti. Te enseña demasiadas cosas inútiles y demasiado poco de lo que es realmente importante. El honor no lo es todo. Es más, todos los que están en esta sala lo han vendido más de una vez para conseguir lo que querían. ¿Cuánto honor crees que les quedará a aquellas señoras mañana por la mañana? Aun así, no creo que eso les preocupe demasiado.

Bajé la mirada. Aquellas palabras me estaban provocando un ligero fastidio. Meritatón sabía ser lista y egoísta. Lo único que le importaba era el rango, la riqueza y la vida despreocupada de la corte. Estaba segura de que, para mantenerlos y aumentarlos, habría hecho cualquier cosa, pasando por encima de quien fuera, hasta puede que por

encima de sus propios familiares; pero era una gran seductora, con aquella sonrisa abierta e intensa, que mantenía mientras la luz se le reflejaba sobre las mejillas sonrojadas y los ojos de gato. Me preguntaba si solo era una joven ambiciosa y extraordinariamente alegre, o si había algo más. De todas formas, yo la quería mucho, y sus defectos se perdían en las carcajadas contenidas detrás del abanico de plumas.

Poco después, una vez recuperada la seriedad, sus iris negros siguieron al chambelán hasta que desapareció por detrás del cortinaje que cubría la entrada por la que llegaría el rey.

—Ya llega —murmuró, y se agitó hasta tal punto que me apretó el brazo con tanta fuerza que casi me lo tritura.

Se hizo el silencio entre los presentes. Enseguida, todos miraron hacia el mismo punto. El gran chambelán, con una enorme panza flácida ceñida por el traje y sujeta con un lujoso cinturón que parecía estar a punto de soltarse, se había sonrojado. Odiaba ser el centro de atención, pero siempre lo era. Cuando el rey estaba a punto de llegar, él era el primero en saberlo y el que se apresuraba a anunciarlo.

Y así fue. Un instante antes de que el sagrado pie de Ajnatón cruzara el umbral, con voz potente dijo:

—Bajad la cabeza, miserables. He aquí, ante vosotros, el rey del Alto y el Bajo Egipto. El que ilumina las Dos Tierras. El santo sacerdote de Atón, el amado Atón. Neferjeperura Uaenra, la maravillosa manifestación de Ra. Ajnatón, útil a Atón.

Entonces apareció mi padre y, un paso por detrás, mi madre.